

Una opinión polémica sobre el “decrecimiento”

Un proyecto de sociedad reaccionaria

Stéphanie Treillet

Las teorías del decrecimiento se presentan como una respuesta a desafíos ecológicos urgentes, globales y casi existenciales para la humanidad. Pero ellas pretenden también aportar una respuesta civilizatoria, pistas para una sociedad alternativa, que sobrepasan ampliamente las constricciones ecológicas.

Una ocultación de las relaciones sociales

En la fase neoliberal del capitalismo, desde 1980, el crecimiento del PIB no constituye un objetivo, a pesar de las proclamaciones de los gobiernos: la prioridad va al mantenimiento de una inflación débil que permita garantizar los ingresos de los detentadores de capitales. ¡Ello se muestra por la débil tasa de acumulación actual de las empresas en los países industrializados, en relación con la enormidad de las tasas de beneficio!.

Así, el decrecimiento, en términos absolutos, es una consigna desprovista de significación: ¿qué sectores, qué ramas de la producción habría que hacer decrecer? (Harribey 2008 (b)). El crecimiento tiene un contenido en términos de sectores y, así, en términos de clases y relaciones sociales. Si se decretase un proceso de decrecimiento dejando a la competencia realizar los ajustes, no son la publicidad y los transportes por carretera ligados al justo-a-tiempo los que sufrirían, sino, al contrario, la cultura, los servicios públicos de educación, de salud, de guarda de niños, de cuidados a las personas de edad e incapacitadas. Y si estas actividades “decrecen”, son los asalariados, los parados y los precarios y, entre ellos, especialmente las mujeres, quienes van a sufrir. Un cuestión central es la de saber en que condiciones sociales se efectúan esas actividades, que conciernen principalmente a la reproducción de la fuerza de trabajo, y ahí está toda la cuestión ocultada de la discusión.

Tampoco se encuentran en las teorías del decrecimiento análisis en términos de sistema social y político. La llamada omnipresente a la modificación de las formas de vida y de consumo, la responsabilización o incluso la culpabilización individual, hace abstracción de las estructuras y las formas de organización de la sociedad sobre las que las personas individuales no tienen por el momento ninguna influencia. “Escoger” consumir alimentación biológica más bien que la comida basura estandarizada y gran consumidora de embalaje comprada en hipermercados, está fácilmente marcada por constricciones sociales: constricciones de presupuesto, constricciones de tiempo (sobredeterminadas por relaciones de género: quien hace habitualmente las compras en la sociedad, en base a que horarios de trabajo, etc.).

Esta ausencia de toma en consideración de las relaciones sociales se reencuentra en la forma como la corriente del decrecimiento valora frecuentemente las relaciones norte-sur: las poblaciones pobres del “Sur” sufrirían el egoísmo de los asalariados del “Norte”, que se niegan a cuestionar su modelo de consumo, participando a la destrucción del planeta, sin introducir el papel de las oligarquías y de las burguesías del “Sur” y, sobre todo, de las firmas multinacionales (agroalimentarias, farmacéuticas, químicas...), que imponen modos destructivos de producción y ponen en competencia a los trabajadores del mundo entero.

Las posiciones más extremas de esta corriente adhieren a una visión fundamentalista de la ecología, que desarrolla una concepción naturalizante de las relaciones sociales y una visión casi-teológica de la naturaleza y de la tierra, asimiladas a veces a un ser vivo o a una divinidad (“Gaia”). Esta ecología profunda es también un anti-humanismo. Éste suscita un malestar entre algunos decrecentistas, que se defienden de ello. Así, la Carta del periódico El Decrecimiento¹ aprecia: “*El periódico no acogerá, en revancha, a las ideologías que hacen a la misma humanidad la fuente de los problemas*”. Algunos teóricos de la corriente, Vincent Cheynet (2006) y sobre todo Paul Ariès (2007 (a)), rechazan todavía más explícitamente la postura antihumanista. Pero el humanismo o el proyecto democrático que intentan oponerle desde el interior del proyecto decrecentista, no tomando en cuenta las relaciones sociales y la construcción de las relaciones de fuerza por la lucha colectiva, aparecen muy desarmados, marcados como están por su idealismo original. Es así como Ariès propone reemplazar a las huelgas de asalariados por huelgas de consumidores” *¿Quién puede creer todavía en una huelga general del trabajo? (...) La dureza del hiper-capitalismo y de las nuevas formas de gestión fragmentan a los asalariados y una fracción importante del pueblo tiene prohibido hacer huelga, debido a la presión del paro o la extrema pobreza. Sin hablar de la distancia entre las reivindicaciones y nuestros sueños de emancipación. ¿Hay que sorprenderse de que muchos sueñen a lo que podría tomar el relevo y convertirse en una huelga del consumo?*” (Ariès, 2007 (b)). Se ve ahí, incluso en lo que la corriente del decrecimiento puede presentar de más “progresista” una impotencia para comprender como se puede llevar a cambio un cambio de sociedad, ya que no existe el marco de análisis para pensarlo.

Más generalmente, como indica Cyril Di Meo, Paul Ariès se dedica a separar de las ideas del decrecimiento de todo lo que las empuja hacia un modelo reaccionario de sociedad. Pero esa tendencia, voluntarista, es contraria a su línea de mayor pendiente y a su coherencia profunda, perfectamente expuesta por la mayor parte de los otros teóricos de la corriente.

Un proyecto político subyacente

Hay que preguntarse si existe, detrás de las discusiones, al menos un acuerdo mínimo sobre un punto: la existencia, especialmente en el “Sur”, de necesidades elementales no satisfechas, cuyo carácter prioritario no se negocia y que es necesario encontrar un medio, a ser posible menos destructivo, de satisfacerlas: soberanía alimentaria, educación, salud, cultura, etc. Lo que supone un acuerdo sobre lo que se podría llamar progreso social o emancipación humana.

No hay nada de ello si se lee algunos partidarios del decrecimiento.

Así, Serge Latouche, el portavoz más conocido en Francia de esta corriente, escribe en el *Monde Diplomatique* de noviembre de 2004, en un artículo cuyo título es explícito: “*Y el decrecimiento salvará al Sur*”: “*Hay en esta proposición que parte de un buen sentimiento “querer construir escuelas, centros de cuidado, redes de agua potable y reencontrar una autonomía alimentaria” un etnocentrismo ordinario que precisamente el del desarrollo*”².

La corriente del decrecimiento, bajo su forma actual, es relativamente reciente. Resulta de la convergencia de varias corrientes de pensamiento más antiguas, entre las

¹ <http://www.ladecroissance.net/>

² La propuesta a la que hace referencia se formula por Jean-Marie Harribey en *L’Humanité*: “Développement durable: le grand écart”. Se la reencuentra asimismo en la obra de Attac que ha coordinado *Le développement a-t-il un avenir? Pour une société économe et solidaire*, eds. Mille et une nuits, 2004.

cuales la del “post-desarrollo”³. Éste, aparecido en los años 1970, no se ha construido sobre ejes ecológicos, que no ha asumido hasta fines de la década de 1990. Una gran parte de sus temáticas originales irriga hoy a la corriente del decrecimiento. Se ha mantenido así a la “red de objetores de crecimiento para el post-desarrollo”. Todo pasa como si las temáticas “ecológicas” del decrecimiento hiciesen hoy de pantallas de humo ante esta filiación teórica, siempre viva.

Un gran número de autores⁴ avanzan la siguiente idea central: el desarrollo, tanto como doctrina que como estrategia concreta, no ha sido nunca y no puede ser, para las sociedades de África, de Asia y de América Latina, desde su independencia, más que un nuevo avatar de su dominación por las potencias coloniales y de una occidentalización del mundo.

Esa concepción se reclama de los trabajos anteriores de dos teóricos, François Partant e Ivan Illich. El último escribía en 1969: “*La pobreza aumenta paralelamente al número de las aulas, de los coches y de las clínicas*”. Hace de la denuncia de la dominación cultural de las poblaciones anteriormente colonizadas el eje central de su pensamiento. Según él esta dominación pasa por “*el emprisonamiento en los hospitales y las aulas*”. Sin embargo, no se trata para él de denunciar el contenido de una educación escolar todavía marcada en la época por la dominación colonial, para oponerle otra educación escolar. Se opone en efecto a toda escolarización obligatoria, vista “*como una servidumbre y un adoctrinamiento*” y le opone “*la educación verdadera*”. Más aún, en 1997, Illich declara en una entrevista con M. Rahmena que ha radicalizado su posición y ha pasado de la crítica de los medios de desarrollo (escolaridad obligatoria, hospitales) a la crítica de sus fines (educación, salud) por la que pasa la autonomía que reivindica.

A partir de este marco, los análisis del “post-desarrollo” avanzan las siguientes propuestas:

- No hay distinción entre desarrollo y crecimiento y tampoco otro crecimiento posible que el crecimiento del capitalismo: “*Cualquiera que sea el adjetivo que se le añada, el contenido implícito o explícito del desarrollo es el crecimiento económico, la acumulación del capital con todos los efectos positivos y negativos que se conocen: competición sin piedad, crecimiento sin límite de las desigualdades, saqueo sin control de la naturaleza*” (Latouche, 2002).

A través de esta afirmación, lo que se oculta es todo el cuerpo teórico heterodoxo, marxista o no (las escuelas estructuralistas, las teorías de la dependencia...), que desde los años 1950, ha pensado la especificidad del subdesarrollo como proceso histórico resultante de la colonización y después del funcionamiento de la economía mundial capitalista. Estos análisis han reanudado el hilo de las teorías del imperialismo de inicio del siglo XX, esclareciendo la articulación entre las estructuras de dominación externas de las sociedades (el mercado mundial, los flujos financieros, las firmas multinacionales, los modelos de consumo importados) y las estructuras de clase internas (papel de las oligarquías o de las burguesías locales, los aparatos de Estado post-coloniales). Se está muy lejos del papel compresor de la occidentalización que presenta el imaginario del “post-desarrollo”.

- Errónea en el plano de la historia del pensamiento, esta concepción lo es también en la comprensión de los hechos históricos. Las diferentes proclamaciones sobre “el desarrollo” de los Estados imperialistas y los organismos internacionales son

³ <http://www.apres-developpement.org/accueil/index.php>.

⁴ Marie-Dominique Perrot, Majad Rahmena, François de Ravignan, Wolfgang Sahs, Gustavo Esteva y, sobre tod, Gilbert Rist y Serge Latouche, son los más visibles en el debate público.

tomadas al pie de la letra y confundidas con la realidad. Para G. Rist (2001), “no hay otro desarrollo que el desarrollo realmente existente”.

A continuación se realiza un doble telescopaje histórico: entre las experiencias de desarrollo de los años 1950 a 1980 (que han puesto en el centro el Estado, la prioridad a la industria y la orientación al mercado interior” y el ajuste estructural contemporáneo que los desmantela; y entre todas las estrategias de desarrollo, cualesquiera que sean sus orientaciones de partida, sus resultados, sistemáticamente calificados como fracasados, sean debidos estos fracasos a derrotas (Chile, Nicaragua...) o a desviaciones. Para S. Latouche, “sea “duradero”, “sostenible” o “endógeno”, se inscriben siempre, de forma más o menos violenta, en la lógica destructora de la acumulación capitalista” (2005)⁵.

Esta concepción reenvía a la negación de toda posibilidad de transformación social, fatalismo que F. Partant expresaba así en 1981: “No existe así ninguna posibilidad de (organización política y social del mundo) transformar, ninguna fuerza social capaz de hacerlo, ningún esquema político que permita soñar en ello”. El gran ausente en estos análisis es el pueblo en lucha, las clases y los grupos sociales en conflicto, cualquiera que sea por otra parte el motor de este conflicto (relaciones de producción, relaciones de género u otras).

-A partir de ahí se llega a la idea, central, que todo objetivo de desarrollo, cualesquiera que sean las consideraciones cualitativas o sociales que las subtiendan, se basa en una concepción etnocentrista de “occidentalización” del mundo, incompatible con los valores de la mayor parte de las sociedades humanas.

Ello implica que el objetivo del progreso humano, característico de la experiencia histórica del Occidente, es extraño a las otras sociedades que sólo tienen conocimiento del mismo a través de la dominación colonial. Esto es un relativismo cultural, no en el sentido etimológico del término, como pueden entenderlo los antropólogos –reconocimiento de la diversidad cultural de las colectividades humanas-. Sino en el sentido normativo y político: los valores de cada cultura son inconmensurables los unos con los otros; cada sociedad se define ante todo por su cultura y ésta es considerada como una y homogénea. Para G. Rist “Una sociedad (la sociedad occidental) extiende a todas las otras los valores, históricamente construidos, en los que cree”. Mientras que, explica, esa extensión es abusiva, ya que nada dice “que todas las sociedades deseen la misma cosa”. Una tal formulación significa que una sociedad en su totalidad define un solo y único conjunto de objetivos y normas, sin ninguna voz discordante, la de los grupos sociales dominados. Por hipótesis esas culturas no tienen relaciones internas de opresión (especialmente de las mujeres). El progreso social no es visto nunca como resultado de luchas (por ejemplo, la abolición de la esclavitud, la lucha de los parias en la India en la actualidad), sino como la imposición de una cultura entre otras (las de “Las Luces” en Europa), históricamente determinada y contingente y cuya generalización sólo puede provenir de una concepción neocolonial. Se niega la universalización de los derechos como construcción histórica.

S. Latouche (2001) avanza así la idea del carácter etnocéntrico de todas las definiciones de desarrollo: “Este núcleo duro, que todos los desarrollos tienen en común con esa experiencia, está ligada a los “valores” del progreso, el universalismo, el control de la naturaleza, la racionalidad cuantificante. Estos valores, y muy particularmente el progreso, en absoluto corresponden a aspiraciones universales profundas. Están ligados a la historia de Occidente y recogen poco eco en otras

⁵ Lo que recuerda todos los análisis que descalifican todo combate por el socialismo debido a una asimilación indiscutible con el objetivo del “socialismo real”.

sociedades. Por ejemplo, las sociedades animistas no comparten la creencia en el control de la naturaleza. La idea de desarrollo está completamente desprovista de sentido y las prácticas que le acompañan son rigurosamente imposibles de pensar y poner en práctica por impensables y prohibidas. Estos valores occidentales son precisamente los que deben cuestionarse para encontrar una solución a los problemas del mundo contemporáneo y evitar las catástrofes hacia las que nos arrastra la economía mundo” (2001). Estas palabras “impensables” y “prohibidas” constituyen todo un programa...

Las citadas culturas “tradicionales”, por su parte, se fetichizan y se las exhorta a reencontrar su “*identidad perdida*”; se olvida el hecho de que no solamente han sido destruidas en su coherencia por la colonización sino que ésta ha sabido utilizar ampliamente las estructuras más jerárquicas y opresoras.

AL considerar a las sociedades como fijadas y yuxtapuestas sin comunicación entre ellas, expuestas al rodillo compresor de la occidentalización vista como una tendencia unilateral y prácticamente acabada, se ignora lo que numerosos antropólogos ponen en evidencia, el hecho de que las diferentes culturas están atravesadas por identidades sin cesar redefinidas, que están en obra procesos de hibridización que a través de grupos dominados, empezando por las mujeres, en todas las sociedades, retoman a su cuenta los valores universales en que se basan sus luchas ((Quiminal, 1998).

Ello conduce a la importancia acordada a las dimensiones imaginarias y simbólicas. Es así como la pobreza se convierte en un puro producto de la imaginación occidental. S. Latouche, en respuesta a una crítica que le oponía la realidad bien material del subdesarrollo, argumenta en este sentido: “*los males del mundo, escribe Cameliau, son dramáticos y nadie está autorizado a ignorarles*” Pero estos males, ¿cuáles son? ¿son los mismos para nosotros y para el campesino africano, el imán yemenita, el coolí chino o el guerrero papou? Ahí donde descodificamos “pobreza material” a partir de nuestra escala de lectura económica, el segundo verá la marca indudable de la brujería, el tercero el triste espectáculo de la impureza ritual, el cuarto un desarreglo del cielo y la tierra y el quinto un problema con los ancestros fallecidos.” (2003). Se reencuentran los acentos de Illich que habla a propósito del subdesarrollo de “*complejo de inferioridad*”.

Un modelo de sociedad

Una serie de cuestiones teóricas y políticas son emblemáticas de estos diferentes aspectos. Entre ellas, el lugar del trabajo asalariado, las modalidades de socialización de la reproducción de la fuerza de trabajo y, de forma complementaria, el estatuto de las mujeres y la dimensión de las relaciones sociales de sexo.

Cyril Di Meo (2006) subraya justamente que cuando los teóricos del decrecimiento aluden al estatuto de las mujeres en la sociedad, toman prestadas sus temáticas a los análisis más esencialistas del ecofeminismo, multiplicando las referencias a la identificación femenina-naturaleza-paz, etc. No se cuentan en las diferentes publicaciones los testimonios elogiosos sobre el mantenimiento prolongado del amamamiento, el parto no medicalizado, etc. Más globalmente, el tratamiento de esta dimensión reenvía a una negativa de la mercantilización del mundo que se presenta, no como un sobrepasamiento del mercado sino como un más acá del mismo.

¿Sobre que bases construir lo colectivo contra la atomización del mercado? Sobre la base de una vuelta a la esfera familiar, comunitaria, de vecinazgo calificado de amigable (lo que algunos llaman los “bienes relacionales”)? O sobre la base de una extensión máxima de los servicios públicos y de una protección social basada sobre un

asalariado consolidado y que se revela en la actualidad, a la vista de los ataques de las políticas neoliberales, como el enemigo más directo de la completa mercantilización del mundo? Y el camino más seguro para cuestionar el estatuto de mercancía de la fuerza de trabajo bajo el capitalismo.

Así, Guillaume Duval (2004), que escribía en *Alternatives économiques*: « *A pesar de todos sus defectos, la clase asalariada constituye una forma muy superior de relaciones sociales en relación con la esclavitud y la servidumbre. ¿Sería necesario restablecer el feudalismo para esperar salvar al medio ambiente? La monetarización de numerosos aspectos de la vida social –educación, fabricación de vestidos, comidas, etc.- ha condicionado en particular la marcha hacia una mayor igualdad entre los hombres y las mujeres, sustituyendo a la autoproducción en el seno de la familia*”, se atrae, bajo la pluma de Daniel Boulange⁶, la reacción siguiente: “*El paso hacia la “monetarización de numerosos aspectos de la vida social –educación, fabricación de vestidos, comidas, etc.-)” sufre de una lectura historicista deformada de la historia occidental, pero su error más flagrante es el a priori imperdonable de Duval, y que hace fi de todos los resultados de las encuestas que han llevado los sociólogos al trabajo en el curso de muy numerosas décadas. En efecto: ¿Quién trabaja en las fábricas textiles y los talleres de confección? ¿Quién trabaja en las escuelas maternas primarias y secundarias? ¿Quién confecciona las comidas en las escuelas, los restaurantes universitarios y otras cantinas? Duval debería decir pues que la llamada monetarización había pues servido al sexo débil (sic) ¡Que tontería!*”.

Ahí está todo el carácter contradictorio del trabajo asalariado, a la vez alienante pero también emancipador, especialmente para las mujeres, que es negado, y que correlativamente lo que representa la existencia de los servicios públicos. En la hora en que la escuela maternal es atacada de frente por la política de Sarkozy, todo está dicho.

Esa base de las corrientes del decrecimiento nos plantea indirectamente una cuestión de fondo: ¿pensamos que es posible, y lo queremos como proyecto emancipador, una sociedad que sería completamente desembarazada de toda forma de alienación, de heteronomía y en la que la producción, la economía, el trabajo, quedarían completamente “reencastrados” en todas las dimensiones de la vida social? ¿Pensamos que sea deseable volver sobre la división social del trabajo que supone la industrialización de los procesos de producción, para volver a “hacer todo” por sí mismo? En la línea de Illich, G. Esteva desarrolla muy claramente la supuesta liberación de la que se trata: “*Hay quienes han descubierto una forma de vivir, más creativa y más alegre, convirtiéndose en trabajadores independientes, después de haber sido excluidos de un empleo monótono y mal pagado... los que descubren, perplejos, que ya no tienen necesidad de vigilancia médica después de haber sido clientes asiduos del médico de la compañía... los que permanecen en casa porque se sienten enfermos y descubren que, mejor que los antibióticos, la fiebre puede acabar con las infecciones, y que en lugar de debilitar sus defensas, las fortifica; los que encuentran, gracias a un primo conciliador, una solución al embrollo de su divorcio, después de haberse arrastrado años entre manos de los abogados...*”.

La lista es mucho más amplia y, a falta de sitio, es imposible citar todo, pero todo está ahí: rechazo al empleo asalariado, de los servicios públicos y de la protección social, defensa del orden social y patriarcal... el fantasma de una vuelta a una identidad pérdida. Una avenida para las políticas neoliberales.

⁶ Sobre la web del Instituto de estudios económicos y sociales para el decrecimiento sostenible, <http://www.decroissance.org/chemin=accueil>

Critique Communiste, n° 109, 2009

Sthefanie Treillet es economista y era miembro de la dirección nacional de la exLCR

Traducido por Mikel de la Fuente para *VIENTO SUR*.

[En el n° 100 hemos publicado “Capitalismo, decrecimiento y ecosocialismo” de Daniel Tanuro que plantea un punto de vista muy diferente al de Treillet. Seguiremos dedicando atención a este tema en números sucesivos de la revista y en la web]

Referencias bibliográficas:

- P. Ariès, *La décroissance, un Nouveau projet politique*, París, Gollas, 2007 (a),
“Pour une grève générale de la consommation”, *Mouvements*, novembre 2007 (b).
- ATTAC, *Le développement a-t-il un avenir? Pour une société économe et solidaire*, J.M. Harribey (dir.), éd. Mille et une nuits, 2004.
- Décroissance. Boulange, “Du recyclage des matériaux à l’extension de la sphère monétaire: Guillaume Duval va loin Dans le mur... et avec élan!”, 7 enero 2005, <http://www.decroissance.org/index.php?chemin=textes/Boulange>
- V. Cheynet, “L’universalisme, raison de notre engagement pour la décroissance, Critique du dernier livre de Serge Latouche *Le pari de la décroissance*”, <http://www.decroissance.org/index.php?chemin=textes/parilatouche>., 2006.
- C. di Méo, *La face cachée de la décroissance. La décroissance une réelle solution face à la crise écologique?*, L’Harmattan, 2006 y blog <http://cyril-dimeo.overblog.com/>
- C. di Méo, J-M. Harribey, “Les dangers du discours sur la décroissance”, *Politics*, n° 917, 14 de septiembre 2006.
- G. Duval, “Décroissance ouru développement durable?”, *Alternatives économiques*, n° 202, enero 2004.
- J-M Harribey, “Croissance et décroissance infinie: une fausse alternative”, *Politis*, n° 779, diciembre 2003.
- “Les impasses de la croissance et de la décroissance”, *Mouvements, Sociétés, Politiques, Cultures*, n° 32, marzo 2006.
- “Développement ne rime pas forcément avec croissance”, *Le Monde Diplomatique*, Julio 2004.
- Rapports sociaux et écologie: hiérarchie ou dialectique? Congrès Marx International IV, “Du côté de la décroissance: questions encore non résolues. Décroissance ou neuvième Symphonie?”, *Cahiers marxistas*, n° 238, 2008, p. 175-195 (a).
- “Que faire croître et décroître”, *Contretemps*, n° 21, 2008, pp. 85-95, (b).
- M. Husson, “Les décroissants font fi des problèmes de l’humanité”, *Interviex Dans le Courrier*, 24 noviembre, 2004, <http://ecocritique.free.fr/courrdec.pdf>
- G. Esteva, *Les ruines du développement*, Ecosciété, Montreal, Canadá, 1996.
- “Au delà du développement”, *L’Ecologiste*, n° 6, 2001.
- I. Illich, *Libérer l’avenir*, Seuil, 1971.
- “La critique du développement en 1969”, *L’Ecologiste*, n° 6, 2001.
- S. Latouche, *La planète des naufragés, essai sur l’après-développement*, La Découverte, 1991.
- “Pour en finir une fois pour toutes avec le développement”, *Le Monde Diplomatique*, mayo 2001.

- “Le développement n’est pas la solution, c’est le problème!”, Colloque “Défaire le développement, refaire le monde”, Most-Unesco, febrero-marzo 2002.
- “Il faut jeter le bébé plutôt que l’eau du bain”, *Cahiers de l’UED*, n° 5, 2003.
- “A bas le développement durable: Vive la décroissance conviviale!”, 2003.
- “Et la décroissance sauvera le Sud”, *Le Monde Diplomatique*, novembre 2004.
- *L’occidentalisation du monde*, La Découverte, 2003.
- *Le pari de la décroissance*, Fayard, 2006.
- *Petit traité de la décroissance sereine*, Paris, Mille et une nuits, 2007.
- F. Partant, *La fin du développement, naissance décroissance’une alternative*, Paris, Poche, 1982.
- *Que la crise s’aggrave*, Paris, Parangon, 1978.
- K. Polanyi, *La Grande Transformation*, Paris, Gallimard, 1983.
- C. Quiminal, “Les associations de femmes africaines en France: nouvelles formes de solidarité et décroissance’individualisation”, *Cahiers du GEDISST*, n° 21, 1998.
- M. Rrahmena, “Twenty-six-years later”, entrevista con I. Illich, *The post-development Reader*, (Zed Books, Fernwood Publishing, 1997).
- *Quand la misère chasse la pauvreté*, Fayard/Actes Sud, 2003.
- F. de Ravignan, *Misère et pauvreté*, www.après-développement.org.
- G. Rist, *Le développement, histoire décroissance’une coryance accidentale*, Presses de Sciences Po, 2001.
- “Le développement: la violence symbolique décroissance’une croyance”, *Cahiers de l’UED* n° 5, 2003.
- W. Sachs, “Le culte de l’efficacité absolue”, *Revue du MAUSS* n° 3, 1989.
- Décroissance. Tanuro, “Ecologique: sur Serge Latouche et sa conception de la décroissance”, *La Gauche*, 20 octobre 2006, www.europe-solidaire.org/spip.php?article4188
- S. Treillet, *L’économie du développement*, Circa Nathan, 2002.
- “Décroissance et anti-développement: quel modèle de société?”, *Critique Communiste*.
- “Misère de l’anti-développement”, *Recherches internationales*, n° 72, 2004.
- “L’impasse de l’anti-développement”, en *Institutions et développement*, El Lafaye de Micheaux, E. Mulet, P. Ould-Ah-med (dir.), PUR, 2007.